

Ensayo de autojustificación. Dispersión y recentramiento¹

François Dagognet

Deliberadamente situados por fuera de las filosofías dominantes, tanto de aquellas que se preocupan por el ser o tratan de reencontrar las puras esencias, veladas por la empiricidad, como de esas que se interrogan sobre la validez de los enunciados, o incluso sobre el supuesto de las solas construcciones sintácticas, como de las que buscan las bases de una interpretación, nosotros evolucionamos en la atipia.

Añadimos nuestras reservas con respecto a una filosofía que le da la mayor importancia a la historia de la disciplina. No queremos negar la importancia de ella, pero tiende demasiado a ocupar ella sola el proscenio y termina por caer en la erudición; en este caso, la filosofía desaparece, ahogada en una marea de citas, de referencias y de recuperaciones.

Nos hemos fijado una triple tarea, o al menos es así como nos justificamos retrospectivamente.

Según la primera –a pesar de su ambición desmesurada– esperamos trabajar en dirección de la totalidad, con el fin de conocer el mundo. Para este efecto, partimos de una repartición bastante discutible, pero que la larga tradición universitaria sugiere, la de las facultades instituidas, las que almacenan el saber y también las prácticas, las cuatro facultades: derecho, ciencias, letras, medicina y farmacia, añadiendo aquí al final, con el fin de no descuidar nada, las escuelas de bellas artes. No evitaremos por este hecho un cierto “estallido”, por no decir la diseminación, pero (además de que ningún filósofo ha escapado a ello) nos preocuparemos, mientras avanzamos, de los recortes y de las confluencias.

Nos consolamos por adelantado puesto que Kant, por ejemplo –el metafísico de las tres célebres *Críticas*, uno de los más sistemáticos– se ha esparcido evocando cuestiones como: “¿envejece la Tierra?” o “la causa de los temblores de tierra” o también la “teoría de los vientos”. ¿Acaso no publica un *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*? ¿No se preocupa él por el problema de las razas

¹ François Dagognet, Ensayo de autojustificación. Dispersión y recentramiento. En: ANNALES d'histoire et de philosophie du vivant. Vol. 5. París, 2001, pp. 11-24. Traducción de Luis Alfonso Palau, Medellín, 29 de junio de 2015.

humanas? Entra también en la cuestión candente de la falsificación de libros, así como de “la industria del impreso”. En suma, geografía, geología, vulcanología, imprenta, participan en el conjunto y le confieren un aspecto singularmente variopinto. Y nadie encuentra acá algo reprochable.

Nosotros hemos pues ampliamente buscado en cada una de las instituciones académicas, pero hemos retenido lo que, en ellas, es lo más accesible o lo más propicio a la reflexión filosófica, sin excluir nada de lo esencial.

Para comenzar por la Facultad de Derecho, ¿cómo no consultarla en lo tocante a los “bienes”, a la propiedad –¿en qué fundamento apoyarla?, ¿es ella misma legitimable?–, a la vida privada –la defensa de la persona pero, ¿hasta dónde se puede ir?–, a los derechos del hombre, a la noción de voluntad contratante, sin contar con los otros numerosos problemas que implica “el derecho del trabajo”, la existencia de la familia, el respeto del entorno. Hemos consagrado dos obras, la una a *el Tener*² (es decir a una filosofía de la propiedad), la otra a la separación entre lo público y lo privado (*el Trastorno*³).

La Facultad de Medicina y de Farmacia ha sido nuestra tierra de elección, tanto más cuanto que después de la Segunda Guerra Mundial ella habría de conocer una verdadera transformación, a la que hemos asistido, incluso si nuestra posición de “filósofo” nos dejaba en los bordes de ese volcán. Sin duda este es aquí el momento de refutar una objeción que viene al espíritu: el filósofo, tal como ya lo entendemos, ¿no es entonces más que un testigo, parecido al periodista que relata la novedad?

Mostraremos posteriormente por qué desconfiamos de la actitud trascendental, honrada entre los filósofos, la que pretende instruir el proceso de la ciencia ante el tribunal de la razón, y que la interroga sobre sus títulos y sus pretensiones. Si es importante investigar “las condiciones de posibilidad de un conocimiento”, nos parece aún más esencial que él mismo se “manifieste” en su propio movimiento, en tanto que el análisis de lo que lo permite comporta claramente riesgos teóricos. ¿Cuáles? Para citarnos a nosotros mismos, notemos esto: mientras que nosotros nos interrogábamos sobre el ver, él continuó transformándose, lo que golpea de relatividad, por no decir de estrechez, la búsqueda de los fundamentos; lo que se ha examinado ha podido modificarse de tal manera que exige ya otras consideraciones. Si la retrogradación hacia las bases puede ayudar a revolucionar estas, igualmente tememos el aprisionamiento en el círculo de aquello sobre lo que se reflexiona. Además y sobre todo, este tipo de análisis conduce a lo peor, en el sentido en que el kantismo, aunque decidido a “legitimar” la ciencia e incluso a captar su *modus operandi*, termina

² *Filosofía de la propiedad*. Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Medellín, 2007 – junio – agosto de 2009.

³ Traducido por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio – septiembre de 2011.

por limitarla y retirarle el acceso al *noúmeno* (lo incognoscible); paralelamente triunfa el sujeto, puesto que él impone sus propias estructuras a lo real.

Nosotros no vamos pues en esta dirección, que nos parece conducir a un callejón sin salida, sino más bien en el sentido opuesto. Pero no identifiquemos por esto al filósofo con un simple “testigo”, porque este está acaparado por todo lo que observó; es y solo es un cronista; nosotros le solicitamos al filósofo sacar de la multitud de los datos nuevos “lo que los anima”, o incluso indicar su insuficiencia, para no decir su incompletitud. El epistemólogo supera la simple y sola empiricidad.

¿Y cuál ha sido pues esa revolución que metamorfoseó la medicina así como la farmacia?

- A) Primero la terapéutica conquistó sus títulos de nobleza; pudo contar con los antibióticos, con los psicotropos y con las moléculas capaces de entrar en los metabolismos celulares (la quimioterapia). Salvó a la medicina de su hipocratismo latente, pero tenaz; de caritativa, apaciguadora, expectante incluso, ella se volvió realmente curativa.
- B) Por su lado la fisiología superó el cuadro bernardiano y logró entrar en el santuario de la vitalidad, explorando dos continentes hasta entonces inaccesibles: la cerebralidad y la reproducción.
- C) Finalmente, la imagen médica habría de exponer, y ampliamente rebasar, lo que ya habían permitido los rayos X, el descenso a los abismos del cuerpo, sin pasar por la efracción.

Hemos pues consagrado muchas obras, primero a evocar el papel y los procesos de los biólogos fundadores de esta revolución en curso (entre otros, Claude Bernard, Pasteur & Etienne Marey); hemos tratado de tomar la medida del presente de la actual patología, llegando hasta publicar libros sobre el *Remedio*⁴, sobre *el Cuerpo mismo*⁵, sobre el cerebro⁶, y uno de ellos ha estado incluso consagrado a una especialidad –la dermatología⁷– llamada según nosotros a perder su estatuto de inferioridad, pues es demasiado vecina de la cosmetología.

No estamos pensando ignorar las dificultades con las cuales se tropieza la medicina de hoy; hemos tomado partido en las cuestiones de bioética, hemos también insistido en los callejones sin salida a los que conduce el tecnicismo

⁴ *La Razón y los remedios*. París: PUF, 1964 [Tr. Paláu, Márquez & García]

⁵ *El cuerpo múltiple y uno*. trad. Luis Alfonso Paláu C. “Tercera lectura de la obra de François Dagognet”. Instituto de filosofía, Universidad de Antioquia. Medellín, febrero de 2007.

⁶ *El cerebro ciudadela*. Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 18 y 19, Universidad Nacional de Colombia, julio de 2002.

⁷ *La piel descubierta*. Tr. Paláu, Medellín, 2009.

(en *Por una filosofía de la enfermedad*⁸). No somos el cantor de la novedad, creemos discernir todo lo que le falta a estas transformaciones que afectan tanto a la patología como a la terapéutica, mientras que esta medicina comienza a no poder funcionar ya más; el tercero social que paga está sumergido en razón de la medicalización de los problemas, de los que es directamente responsable la sociedad, y por lo que entramos en un círculo del que no podemos salir.

En cuanto a la Facultad de Ciencias, esencialmente la de las disciplinas experimentales, la de la vida y de la Tierra (la química general, la microbiología, la botánica, la geología, la mineralogía, etc.), nos ha parecido una mina para el filósofo, mina que los filósofos de la naturaleza no han sabido explotar (han visto en el mundo más sus sueños que su propia riqueza). Este campo inmenso nos permite encarar o abrir de nuevo cuestiones que hubiéramos podido creer reguladas o superadas.

Por ejemplo, hemos creído poder reactualizar lo que los filósofos recusaban o condenaban, las dificultades así como la importancia de la taxonomía, dominio de la multitud, la de los elementos, la de las sustancias (aunque todas combinadas las unas con las otras), la de los animales, la de las plantas, la de las piedras, etc.

Los más críticos han visto en esta operación partitiva un ejercicio de poderosa dominación; por una parte, el trabajo tabular sustituye al ser vivo por un conjunto de caracteres o signos exteriores que autorizarían su ordenamiento; pero ¿no es ya retirarle su energía, su violencia, al disponerlo en una caja o en medio de un grupo más o menos artificial? ¿No es negarle su irreductibilidad o su singularidad? ¿No debemos reemplazar la ciencia llamada natural por una auténtica biología? Por otra parte ¿no valoriza el científico aquí las rejillas y los encierros? Por ello mismo ¿no favorece los señalamientos o un logos que se ha vuelto policíaco, que luego se aplicará en criminalística, disciplina que se encargará de la “descripción” de las poblaciones, la de los opositores, de los marginados y de los delincuentes?

Pero ¿vamos a prohibir el saber porque él ha hecho posible las desviaciones y las perversidades? Claro que es verdad que también se condenó la física nuclear porque sirvió a la guerra y la bomba atómica. Pero nosotros comprendemos de otra manera la “sistemática”; hemos saludado su aspecto moderno (los bancos de datos) y creativo. El inventario es un trampolín para la invención: herramienta sin igual, ayuda a discernir las eventuales lagunas o los lugares vacíos que habrá que llenar; acerca también a los semejantes (así se constituye una familia en la que todos los miembros poseen obligatoriamente las mismas propiedades) y aleja a los diferentes, a menudo a pesar de algunas apariencias o de un exterior

⁸ *Por una filosofía de la enfermedad*. Tr. Paláu, *Sociología* 24, Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, junio del 2001.

engañoso. En todo caso, el vertiginoso número de los casos o de las muestras es sustituido por una “tipología”, por no decir una topografía, que autoriza una comprensión noumenalizante de lo que ha sido situado regularmente.

Entonces será suficiente con que yo aprenda, por medio del índice, a reconocer el grupo al que pertenece tal o cual espécimen para que inmediatamente pueda enumerar las propiedades de ese desconocido. De acá en adelante, no se clasifica lo que se sabe, y por qué se lo sabe, sino que se sabe porque se clasifica.

De acá se siguen al menos dos conclusiones: por una parte, los Jussieu y los de Candolle sacaron la botánica del carril descriptivo, y la han hecho casi deductiva. Que se les presente un vegetal que ellos ignoran; luego de establecer el signo que indica su “lugar”, ellos están informados de ese “ser” y de sus predicados. Ellos descienden a las profundidades de su sustancia; a veces, el filósofo se interroga sobre la posibilidad de un juicio que supera la fenomenidad, aunque se origine en ella; acabamos de exponer uno de esos procedimientos.

Por otra parte, concedamos que lo importante se encuentra en el descubrimiento o, al menos, en la lectura del “signo” que manifiesta los parentescos y fija “el emplazamiento”. Él nos retiene, porque en este caso, el exterior no se separa del interior; el afuera expresa el adentro, teniendo que ver con la misma estructura. Linneo había contado con los órganos reproductores, pero los Jussieu prefirieron “la simiente” o “el grano”, que miniaturiza y esencializa al vegetal, a la manera de un resumen; y cuando falta este, cualquier otro aparato vegetativo –la hoja y la dirección de sus nervaduras– servirá para esta localización topográfica, rica en consecuencias.

Hemos abordado este problema, así como sus peripecias, en muchas obras, *el Catálogo de la vida*⁹, *Cuadros y lenguajes de la química*, pero también en *Memoria para el porvenir*¹⁰ y *el Número y el lugar*¹¹. Hemos llegado hasta preocuparnos por la aplicación de este método a los textos (la literatura y las obras arquitectónicas).

¿Pero no caemos en la dispersión? No lo creemos; por esto el segundo eje sobre el cual nos hemos comprometido.

En efecto, en un primer tiempo (en múltiples ocasiones) nos hemos preocupado por las conexiones que se habían tejido entre estos dominios distintos. Pero no por ello somos adeptos de la “interdisciplinariedad” que significa, en

⁹ *El catálogo de la vida*. Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 14, 15 y 16. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, marzo, julio y octubre de 2001]

¹⁰ *Memoria para el porvenir, hacia una metodología de la informática*, Tr. Paláu, 2006.

¹¹ Los dos primeros capítulos fueron traducido por Iván Darío Castrillón, con la colaboración de María Cecilia Gómez y el apoyo del seminario permanente de Historia de la Biología, Medellín, abril de 2003. La segunda parte del libro fue traducida por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, enero de 2012 – julio de 2012.

el sistema universitario francés que la puso de moda, que se privilegiarían los cruces entre las teorías. Pero las mezclas no dan nada; un poco de lo uno y un poco de lo otro ilos ahoga a los dos! Esta falsa necesidad oculta, sin embargo, una obligación: la de sensibilizar, pero a partir de una posición o de un punto fijo, a las interferencias.

Para dar un ejemplo ¿cómo la innovación biológica y médica no vendría a socorrer la construcción jurídica? Hoy se ha hecho posible una terapia audaz que cura la esterilidad (la PMA o procreación médica asistida). De ella resulta que las funciones de paternidad y de maternidad quedan enteramente dislocadas: la madre genitora (la que da a luz) puede diferir de la madre biológica (aquella a la que se le extrajo el ovocito), así como de la madre educativa o nutricia (la que adopta al recién nacido y se encargará de él). El antiguo estatuto de la familia, piedra angular del derecho, es maltratado; se requerirán textos y una legislación nueva.

Pero no nos es suficiente con superponer los registros ni con jugar a la confluencia de los saberes institucionales para que podamos acceder a la unidad –la pendiente de la totalidad (nuestro primer eje)–; la hemos encarado de otra manera, e incluso a dos niveles.

Ante todo, ¿no se recentra todo en torno a la noción cardinal de “cuerpo”? La medicina sensibiliza al filósofo por los conjuntos complejos (la organización), pero reencontramos con o en el objeto (un cuerpo mínimo) una textura y una composición próxima de las que animan o caracterizan la organicidad. En efecto, el menor utensilio concentra el trabajo, la ingeniosidad, la creación técnica; solidifica la inteligencia morfogenética.

Para aceptarlo como tal se precisa desprenderse de una tradición que ha reducido demasiado el objeto a su función utilitaria, olvidando los papeles que él tiene, especie de pantalla sobre la cual se proyectan los valores sociales, simbólicos, estéticos. ¿No nos es suficiente con ver una herramienta o un instrumento doméstico de una civilización perdida o ajena, para entrar en su espíritu (la etnografía dispone piadosamente, en museos, esos restos, estos vestigios, los especímenes de una tradición o de una práctica)?

El objeto más simple, a pesar de las palabras que lo interiorizan y lo distancian para siempre del empíreo del filósofo (pacotilla, baratija, gadget, chapuza, etc.), define “nuestro segundo y verdadero cuerpo”, el que prolonga y asegura nuestra potencia (el vaso, como todo continente, conserva el líquido que nuestras manos desean mantener).

La cultura en general ha sido demasiado marcada por el ejemplo cartesiano teatralizado (en ese caso) del metafísico encerrado en su estancia (una pieza

vacía). Logra por medio de la imaginación y sus astucias “diabólicas” suprimir el universo que lo rodea; el propio pedazo de cera, situado en la proximidad, no resiste la volatilización. Solo queda el puro pensamiento. La filosofía, golpeada por esta experiencia tan radical, solo conserva el juicio, la *sola mens*; termina por absolutizar el yo, mientras que nosotros no excluimos que incluso este solo pueda surgir en el seno de una tecnosfera, a la que contribuye el espejo.

También hemos consagrado muchas obras al elogio del objeto, como al de la herramienta que prolonga nuestro cuerpo, al instrumento que suple nuestras deficiencias sensoriales (las gafas para ver mejor), al artefacto que permite operaciones pesadas, a la máquina misma que frecuentemente copia el trabajo artesanal primero, con el fin de multiplicarlo y de intensificarlo.

Platón ya condenaba al artesano porque solo podía copiar la idea del lecho o de la silla (cuatro patas, una cabecera o un espaldar, etc.). Pero los diseñadores de interiores no han cesado de renovar ese esquema, esa armadura. Un museo –el templo del reconocimiento– se ha especializado incluso en la recolección de todas las innovaciones concernientes a la silla (las maneras de sentarse –una técnica del cuerpo– han variado tanto como los medios que se utilizan para ello). También hemos privilegiado el “diseño” que enriquece e incansablemente transforma nuestros objetos cotidianos y vivientes.

Estudiar el cuerpo, o preocuparse por el objeto vecino (la objetología) supone la movilización de la literatura (a la manera de Francis Ponge, en el *Tomar partido por las cosas*), del derecho que diferenció los bienes, así como las operaciones que los conciernen, de las ciencias experimentales (tanto la química de las combinaciones como la biología o la medicina, esta última dedicada a las alteraciones y a las deformaciones de los cuerpos).

Pero, creyendo ir un poco más lejos y braceando más en las diversas disciplinas institucionalizadas –con miras a la unidad– hemos dedicado toda nuestra atención a la idea de “sustrato”; por este hecho podemos ser catalogados con toda razón como “materiólogo” o “matérico”; evitamos el término materialista que corresponde demasiado a una doctrina de combate, o que se limita a un simple anti-espiritualismo. Lo negativo de la idea se impone en exceso sobre lo positivo.

Las escuelas de arte contemporáneo favorecen nuestro enfoque; en lugar de expresar lo real y de representarlo, incluso en lo que él comporta de sutil y de casi invisible –pero sigue siendo siempre la mentira ilusionista– el artista plástico experimenta con el material, lo exterioriza de alguna manera, revela sus potencialidades latentes. Se abre a la vez a la multiplicidad de sus constituyentes como, dentro de cada uno de ellos, a la especie de pluralidad que abriga, nos entrega experiencias físicas y metafísicas.

Tenemos acá una muestra de las más pobres. A este grado rudimentario, es suficiente con que un cuerpo o una sustancia pueda extenderse (progresivamente, por grados) sobre otra, que servirá de plano-portador, o allí derramarse, si es un poco fluida. Entramos así en el drama de una exposición diferenciada, por no decir en lo que un escritor designó y alabó con el nombre de “mojabilidad” (no todos los ingredientes permiten estas juntas en ellos, esta aposición). Asistimos, a través de esta lenta aplicación, a un desvanecimiento que culmina incluso en simples regueros apenas perceptibles. Conviene realizar este trabajo (este encuentro, la aceptación del uno por el otro o la posibilidad de disponer el uno sobre el otro) con precaución, delicadeza, método; en caso contrario, fallaremos el paso de la plenitud a la desaparición. Importa también recurrir a un material que no sea ni demasiado resistente (por el hecho de la adherencia a sí mismo, de su autocontracción o de la tensión interna) ni muy diluido (la casi-liquidez, la coladura). Buscamos la revelación del uno gracias a la fuerza portadora del segundo, y que deseamos la incidencia filmica del que se aplasta o apoya en el que lo acepta.

¿En qué se trata acá de una experiencia metafísica? La materia, en el decrecimiento, saca una pluralidad de textura y de color, pues esta varía siguiendo el espesor de la capa. Por otra parte, no sabemos si se trata, en esta tan modesta y banal operación, de una liberación gracias al adelgazamiento, o bien de una aniquilación, puesto que se alcanza un caso límite, el de la casi extinción. ¿Cuál es el sentido oculto o el envite de una tal borradura? Estamos atrapados en una especie de incertidumbre y de balanceo, pero por ahí mismo, experimentamos una emoción estética (en emoción, hay claramente moción, un movimiento).

En cuanto a ese material-sustrato, aquí privilegiado, pensamos que les debe mucho a la medicina y a la biología, pues las funciones se limitan a exteriorizar las estructuras que las portan y que conocen ellas mismas una rica variedad. Ciencia y arte orientan hacia el tomar en cuenta un tal factor.

Hemos publicado obras que exaltan, tanto los simples hilos del textil como los metales o algunos metaloides, los plásticos, el asfalto, en *Rematerializar*¹², el *Objeto del arte o el arte del objeto*¹³, en *Lógica y poética*, a propósito de un artista, Michel Paysant, retenido por el betún de la piedra de Judea, sin olvidar *Elogio del objeto*¹⁴, y sin contar numerosos artículos.

¹² *Rematerializar. Materias y materialismos*. trad. Luis Alfonso Paláu C. para el curso “Materiólogos y objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de ciencias humanas y económicas. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Septiembre de 1999. Última corrección febrero de 2007.

¹³ Subtítulo de *Por el arte de hoy*. Tr. María Cecilia Gómez, Medellín, última impresión 2002.

¹⁴ *El elogio del objeto, para una filosofía de la mercancía*, Tr. Paláu, Medellín, última corrección 2002.

Con el tercero y último eje –y no el menos importante– entramos en los problemas ético-políticos. Ponemos en funcionamiento aquí la idea de necesidad, luego de haber contado con la de “totalidad”, tras la de “unidad”. En efecto, sacamos las consecuencias de lo que precede, que debería valer para el porvenir.

Si por lo demás nos atuviésemos solamente al presente –a lo que es– limitaríamos nuestro examen (y ¿cómo pretender aún la unidad?); importa encarar lo que debe advenir, haciendo que la necesidad lógica y moral remate así tanto la totalidad como la unidad.

Por una parte, la noción de objeto que hemos alabado implica la producción fabril, y sobre todo la abundancia, así como la repartición de los bienes (como de los beneficios). Si conviene seguramente reconocer derechos fundamentales e inalienables, estos –con la libertad a la cabeza– serían solo vanas palabras o espejismos, en caso de que la sociedad no asegurara a todos la igualdad en el uso de los productos materiales. Por otra parte, la noción de sustrato, que igualmente hemos privilegiado, rebaja indirectamente las pretensiones individuales, las de un ego dominante, y hunde al sujeto en consideraciones materiales; le será preciso renunciar a sus excesos de soberanía.

Los filósofos del siglo XIX –Saint-Simon, Proudhon, Fourier incluso– han convocado con todas sus fuerzas al mundo de la producción, pero también al de una circulación generalizada (Marx les reprocha a los filósofos pensar el mundo, sin dedicarse a transformarlo, pero esta burla no se dirige a nuestros pensadores, puesto que los saint-simonianos cambiaron el mapa del mundo; estuvieron en los inicios de la construcción del canal de Suez como en el del canal de Panamá; trabajaron multiplicando las redes de carreteras y de ferrocarriles).

Nuestro mundo reposa sobre las separaciones y las compartimentaciones; se oponen el alma y el cuerpo, o el pensamiento y el cerebro; luego, de una cosa a otra, lo espiritual y lo material, el conceptuador y el ejecutante, pero la importancia polémica que le damos al sustrato (material o biológico indiferentemente) querría servir de arma de guerra contra estos cortes. Los cortes no deberían resistir. Correlativamente, el saber actual destruye los ideales seculares y obliga a “inversiones de valor”.

No es posible enumerar todas las situaciones, morales y políticas, donde podríamos y deberíamos aplicar nuestras observaciones (sobre la empresa y el trabajo, sobre el Estado y su papel¹⁵, sobre la propia Europa); nos limitaremos a un caso bastante reducido, a título de muestra.

¹⁵ *Una nueva moral: familia, trabajo, nación*. Tr. Paláu, para la cátedra abierta Alberto Restrepo, U. de A., mayo de 2009.

El problema, del que conocemos sus límites, concierne al paisaje, nuestros campos y nuestra tierra, la civilización lugareña, la agronomía, un universo que sufre la crisis como el conjunto de las sociedades que conocíamos.

Por consiguiente es grande la tentación de vituperar la evolución, de lamentarse y de desear (a la manera de Jean-Jacques Rousseau) restaurar lo que se ha perdido, una comunidad agreste, anhistórica, en medio de una campiña armoniosa (las robinsonadas).

¿Por qué es este un callejón sin salida? Es ya olvidar que esos campos, ceñidos de setos, entregados a la variedad (el policultivo) corresponden a un momento de fuego y de violencia. La revolución agronómica, nacida en el siglo XVIII en Inglaterra (con los *enclosures*), entraña la renuncia al barbecho, a los campos llamados vagos, a los comunales, a los derechos de servidumbre. Marx analizó notablemente, en *El Capital*, la importancia del asolamiento, de las praderas artificiales, de las plantas forrajeras, de la rentabilidad económica. Igualmente, todo será acaparado, y por ello las famosas cercas que protegen la hierba contra los que la pisaban, pero también, sostenimiento de las iniciativas individuales. Desaparecen los antiguos campos abiertos (el *openfield*); los pequeños propietarios que vivían en los intersticios del sistema colectivo son expulsados hacia las ciudades que los explotarán.

La historia no se detiene en ese momento, puesto que la técnica actual, la de los tractores sobredimensionados, la de las máquinas que escardan, siegan y cosechan, impone la reconstitución de heredades, una relativa uniformización de la llanura (arrancar los setos), mientras que los pueblos se arruinan; solo subsisten algunas inmensas construcciones, generalmente antiestéticas, las de la agro-industria.

El cambio ha sido la ley de la ciudad, ¿por qué habría de escapar el campo de él? ¿Con qué derecho partir en dos nuestro universo, por un lado una megalópolis en plena remoción-remodelación y, por el otro, la tierra destinada a la inmovilidad? Si por lo demás la política marxista fracasó en su proyecto de socializar la agricultura, no significa esto que Marx no haya captado la arbitrariedad e incluso la injusticia de la separación entre lo urbano y lo rural.

Y en lugar de patetizar la tierra y loar al condenado de los campos que el siglo XVIII dibujó (la época de los acaparadores, sino de la espoliación), sepamos reconocer la potencia del instrumento –el tractor que le da vuelta en una jornada a una vasta extensión de una sola pieza– que obliga al abandono de los métodos tradicionales, como al de las propiedades de tamaño reducido o solamente dispersas.

De paso, que no nos objeten con observaciones fáciles, pues con lo que decimos no defendemos por ello que a los animales se los transforme en máquinas

de producir, ni tampoco los beneficios de una química que envenena los suelos, ni siquiera los rendimientos agrícolas que con frecuencia se obtienen a costa del deterioro de la cualidad.

Lo que preconizamos no es la imposible resurrección de los pueblos sino la revitalización y el mantenimiento de los burgos, los que irrigan el territorio y ofrecen a sus habitantes la panoplia de todos los servicios (educativos, sanitarios, administrativos, comunicacionales), con el fin de que sea abolida la separación entre las ciudades y los antiguos campos.

Recordémosles incluso a los que cantan alabanzas al pasado lo que ellos silencian: campesinos-cultivadores, amarrados a la gleba, aplastados bajo el peso de sus tareas, pueblerinos perdidos a causa de su aislamiento, ellos mismos aspirando solamente con irse a las ciudades. No escuchemos a los que les cantan a las fuentes al tiempo del sembrado o de la cosecha! Más bien no olvidemos que la tecnosfera revolucionó la agroesfera y puso fin a una esclavitud secular.

Le toca al filósofo entrar en esta batalla para denunciar a los que se dedican a plegar el movimiento en su solo provecho, y por ahí, pervertirlo. Pero no nos equivoquemos de enemigo, ino es el cambio mismo el que debe ser combatido!

A través del ejemplo que hemos desarrollado (el paisaje, la tierra, los campos) y que hemos tratado más ampliamente tanto en *Las revoluciones verdes*¹⁶, en 1973, como en *La invención de nuestro mundo, la industria ¿por qué y cómo?*¹⁷, podemos inferir que la filosofía debe tender a esculpir, por medio de sus análisis, el mundo que nos llega, participando en su emergencia, señalando los riesgos de deslizamientos, pero en las antípodas de los que lo mantienen en su antigüedad, con o a pesar de sus miserias y sus injusticias.

En razón de nuestra preocupación –verdaderamente temeraria– de abrazar el conjunto de nuestros análisis y de delimitar “nuestro territorio filosófico”, no podríamos separar el porvenir del presente, y mucho menos excluirlo.

Como lo hemos insinuado ampliamente, continuamos concediendo toda su importancia a los teóricos de la Revolución Industrial –un acontecimiento tan importante como la Revolución francesa de 1789 (por lo demás ¿no están ligados?), no solamente a Marx sino también a los socialistas como Saint-Simon, Proudhon & Fourier. Captaron y pensaron la renovación obrera y fabril; discernieron sus primeros trastornos. Pensamos con ellos que conviene no tanto denunciar el cambio técnico (el maquinismo) sino a los que lo desvían en su provecho, al mismo tiempo que a los que lo entorpecen, suscitando la tecnofobia.

¹⁶ *Sobre las revoluciones verdes, Historia y Principios de la Agronomía*. Tr. María Cecilia Gómez, Medellín: traducciones historia de la biología números 1, 2 y 3. Octubre de 1997, febrero y abril de 1998.

¹⁷ Tr. Paláu, Medellín, última revisión 2002.

Según nosotros, la sociedad del siglo XX se caracteriza por la misma contradicción (que se ha vuelto más aguda) entre la racionalidad productiva que no ha dejado de progresar y de mundializarse –hacemos nuestra la ley de Gehlen: el hombre habría primero trabajado imitando lo muscular (la locomoción, el movimiento), luego lo sensorial (los sensores), finalmente el cerebro; en efecto, la información a través de las variaciones mínimas cuenta más que la potencia; de acá una electrónica que rebasa a la propia electricidad, la misma que en el siglo XIX había sustituido al carbón y al vapor– y un sistema de apropiación y de administración que ya no puede acordarse con las proezas actuales.

Uno de los desacuerdos tiene que ver con el hecho de que ya el trabajo debe ser pensado de otra manera: si sigue estando sometido a la ley del provecho, lo único que puede hacer es desarticular la sociedad y marginalizar a los obreros, masivamente reducidos a un desempleo inevitable. Se precisa, sin duda, concebir el trabajo en términos de servicio, en una perspectiva de inter-humanidad (lo que implica un cambio de filosofía política) y ya no más en una óptica de abundancia y de resultados materiales que aseguran los dispositivos automatizados.

Sobre los bordes de esta cuestión (la de la sociedad industrial tomada con sus contradicciones), nos interesamos en las máquinas modernas, que deciden sobre nuestra suerte, así como de los materiales que presiden su construcción. Una civilización depende, en una amplia medida, de su metalurgia; el siglo XX minimizó el hierro que triunfó sobre todo en el siglo XIX (luego de la Edad de Piedra y después de la del Bronce); demasiado pesado, se lo reemplazó tanto por los superconductores como por los metales llamados livianos, como el aluminio y el titanio; o también, dotado de un punto de fusión considerado como muy bajo y, por tanto, poco termorresistente (ahora bien, los motores debido a la velocidad de rotación o de funcionamiento, elevan la temperatura y suponen pues elementos que resistan tales calentamientos), debió ceder su sitio al tungsteno.

Por la misma razón, descendemos la pendiente que ya hemos seguido: persistimos en preocuparnos por los “objetos” (*los dioses están en la cocina*¹⁸ significa bastante bien, que lo esencial, a nuestros ojos, reside en las realizaciones instrumentalizadas, e incluso utilitarias). Muy curiosamente, lo fundamental –allí donde la sociedad y el hombre se debaten– se aloja en lo mínimo y lo ordinario. Invocamos con todas nuestras fuerzas una filosofía popular que tenga en cuenta nuestro entorno doméstico.

Totalidad, unidad, necesidad, continuidad, nos parecen inseparables, siendo lo esencial no desjararlos, y consistiendo lo más importante en el paso del saber al poder y al querer.

¹⁸ *Filosofía de los objetos y objetos de la filosofía*. Tr. por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, octubre-diciembre de 2006.